

---

## De Estado de exilio

Cristina Peri Rossi

Que lo sepan todos de una vez:  
el exilio no puede ser jamás una retórica.

El país donde quisiéramos volver ya  
no existe;  
lo perdimos en el intento de  
construir el país donde  
queríamos vivir.

Cada uno vive dos vidas:  
la que dejó  
y se prolonga en los gemidos de las cárceles, en  
las celdas de tortura,  
a la que le tocó después,  
como un traje nuevo en el reparto.  
Casi todos sienten que los pantalones les quedan cortos, les  
aprieta el cuello de la camisa y las mangas son demasiado  
anchas, pero está prohibido sangrar desnudo por las calles de  
las ciudades adoptivas.

Llevamos un estigma  
que no borra  
el automóvil flamante  
ni las cartas consoladoras que escribimos.

Soñé que me iba lejos de aquí el  
mar estaba picado olas negras y  
blancas

un lobo muerto en la playa un  
madero navegando llamas en  
altamar

¿existió alguna vez una ciudad llamada Montevideo?

Una casa  
un cuadro  
una silla  
una lámpara  
el sonido del mar perdidos,  
pesan tanto como la ausencia de

Para obtener asilo debemos narrar al <sup>mamá.</sup>  
detalle lo que hicimos. A veces nos  
perdonan  
y nos extienden un papel que nos  
permite vivir donde no quisimos.

Tengo un dolor aquí,  
del lado de  
la patria.

Como los navegantes que volvieron  
de combatir con el octopus  
(dijo Neruda)  
ya no nos acostumbramos a vivir en ninguna parte,  
tenemos frío en todas las ciudades, nos son ajenas las  
avenidas las casas los ríos  
y sentimos una nostalgia muy grande  
cada vez que alguien nombra la palabra  
revolución.

Y cuando la conversación decae en  
lenta agonía  
es posible descubrir en el fondo del silencio de  
cada uno  
la geografía de un continente  
obsesivo.

Ninguna palabra nunca  
ningún discurso  
-por abrasador, honra a Martí-  
sirvió para detener la mano del  
torturador.  
Pero cuando una palabra escrita  
sirve para aliviar el dolor de un torturado, la  
literatura tiene justificación.

La *Muerte de Isolda* en un piso de  
este barrio,  
no me gusta como antes.  
Quizás la púa esté gastada el  
aria  
o la Flagstad haya envejecido. Quizás  
mi oído no sea el mismo.

Cuando dicen: "Que pase el extranjero" a  
veces no me doy cuenta de que soy yo.

El exilio son los otros.